



DAVE GOULSON



Capitán Swing®

Una
historia con
AGUIJÓN

Mis aventuras con los abejorros

Una
historia con
AGUIJÓN

Mis aventuras con los abejorros

DAVE GOULSON

Traducción de
Catalina Martínez Muñoz

Capitán Swing 

PRÓLOGO

Mi interés por los abejorros y otros insectos se remonta a cuando tenía siete años y mi familia se mudó del chalé pareado en que vivíamos, en una zona de expansión urbana de Birmingham, a un pueblecito de Shropshire que se llama Edgmond. Mi padre se había criado cerca de allí, en la ciudad ferial de Newport, y, como profesor que era, estaba empeñado en que sus dos hijos recibieran una buena educación. Newport tenía entonces, y tiene todavía, una buena escuela de primaria, la misma en la que había estudiado mi padre y en la que confiaba matricularnos a mi hermano y a mí si pasábamos el examen de acceso.

A los siete años, a mí me interesaba muy poco el colegio, pero me encantó nuestra casa nueva. Con la sabiduría que da la experiencia, ahora me parece bastante fea. Tenía un revestimiento de piedra que parecía un sarpullido y un añadido horrible, con el tejado plano, aunque a los niños estas cosas les dan igual. Era una casa independiente, con un jardín mucho más grande de lo que yo estaba acostumbrado. Teníamos matas de flores, manzanos y ciruelos, y un estanque y dos cobertizos de madera cubiertos de telarañas, con unas arañas enormes que me ponían los pelos de punta. Además, había espacio suficiente para que mi padre pudiera cultivar un buen huerto. Lo mejor de todo era que la casa estaba al lado del campo. Me bastaba cruzar la calle principal del pueblo y saltar una cerca de piedra para entrar en un prado enorme, en el que había un magnífico castaño de Indias al que podía subirme.

Los días de verano, cuando hacía calor, un caballo tordo, de mal genio y muy dado a lanzar mordiscos y coces, iba a refrescarse a la sombra del castaño y espantaba a las moscas con la cola. En primavera, el árbol estaba plagado de abejorros que visitaban sus flores blancas y rosas en forma de pirámide. La presencia de las abejas indicaba que las flores se convertirían al final del verano en espléndidas castañas, con las que mis amigos y yo, escondidos en la densa y verde fronda del árbol, bombardeábamos a todo el que pasaba por allí.

A mi padre no le interesaban demasiado las flores y me dejó que plantara lo que quisiera, así que planté lavanda, budelia y nébeda para atraer a los abejorros y las mariposas. Puse una madreselva pegada a la pared de uno de los cobertizos, para alimentar a las polillas, y un sauce blanco, macho, para que las abejas encontraran alimento a principios de primavera. Rescaté un montón de ladrillos viejos de una granja en ruinas de los alrededores y me los llevé a casa en una mochila para construir un jardín de rocalla. Dejé un hueco en la parte de abajo, con la idea de que pudieran anidar los abejorros, y planté encima cuernecillo, para ofrecer flores a las abejas y hojas ricas a las orugas de la mariposa azul. Cavé otro estanque más hondo y lo llené de tritones, peces espinosos y todos los bichos que encontré en el canal que atravesaba el pueblo.

No sé cómo se me ocurrió todo esto. Mi padre, que era profesor de Historia, todavía es capaz de recitar la lista de monarcas ingleses desde los tiempos de Guillermo el Conquistador —con las fechas de su reinado—, y sabe distinguir la edad de un edificio por la forma de sus

ventanas o su ornamentación. Pero si le das un abejorro, no tiene la menor idea (por más que he intentado educarlo). Mi madre era profesora de Gimnasia. Jugaba de maravilla al tenis o al *rounders* —un juego de bola y bate—, y era una competidora temible, pero la naturaleza le traía totalmente sin cuidado. No le gustaban los bichos de ninguna especie y las arañas le daban pánico. El caso es que tuve que aprender solo, con ayuda de los manuales y las guías de ciencias naturales que por suerte me regalaban mis padres, porque mi padre era un enamorado de los libros de cualquier materia.

La única persona adulta que recuerdo que me animara en mi afición fue una maestra de primaria, la señorita Scott. Era una mujer bajita y regordeta, con el pelo castaño y rizado. Tenía muy malas pulgas, se enfadaba a menudo y nos echaba unas broncas tremendas. Mis compañeros y yo al principio estábamos aterrorizados, porque hasta entonces siempre habíamos tenido profesores amables y cariñosos, como se supone que deben ser los maestros de primaria. Pero enseguida nos dimos cuenta de que la señorita Scott tenía unos ojos muy alegres y su severidad no era más que una fachada. Además, le encantaba llevarnos a buscar animales y bichos; nos enseñó a identificar los árboles por sus hojas y a poner trampas para escarabajos. Lo que más le gustaba era darse un chapuzón. Tal como lo recuerdo, parece que fuéramos todos los días a bañarnos en el canal (y que siempre hiciera sol). Nuestra aula no tardó en llenarse de tarros de mermelada con renacuajos, opiliones, feroces larvas de libélula, enormes escarabajos de agua, ciempiés, arañas y muchos otros

insectos. Mis favoritas eran las larvas de libélula, unos bichos gordos y feos, de color marrón, que se quedaban inmóviles en el fondo del tarro, esperando a que les dieran de comer. Todos los días les dábamos un renacuajo o un gusano y observábamos con curiosidad morbosa hasta que la larva sacaba la cabeza y desplegaba unas pinzas telescópicas para atrapar a su incauta presa y zampársela a continuación.

La primavera siguiente, mis esfuerzos para despertar a la naturaleza en el jardín empezaron a dar sus frutos. Vi a las enormes reinas de los abejorros, recién salidas de la hibernación, alimentándose en el sauce blanco y en la pulmonaria. Las abejas llevaban unos siete meses dormidas, desde el mes de julio anterior, y recibieron con entusiasmo el festín primaveral que yo había cultivado para ellas. Cuando se saciaban, las reinas volaban a ras de suelo, buscando un agujero para hacer el nido. Me fijé en una reina de abejorro de cola blanca que estaba explorando el terreno, debajo de uno de los cobertizos del jardín, y debió de gustarle aquel rincón, porque al cabo de unas semanas aparecieron sus obreras, un poco más pequeñas: salieron volando a recolectar alimento y volvieron al cabo de media hora con unas bolas enormes de polen amarillo entre las patas. Me pasaba horas sentado, observándolas, y veía que el tráfico en el nido era cada vez más denso a medida que avanzaba la estación y que el número de obreras crecía rápidamente. Ninguna abeja quiso anidar entre las cámaras de mi jardín de rocalla, a pesar de que las hice expresamente para eso.

Según se iba acercando el verano, el jardín rebosaba de vida. La budelia se llenó de mariposas ortigueras, mariposas pavo real, mariposas blancas, grandes y pequeñas, sírfidos y abejorros. Los opiliones y los escarabajos torniquete libraban combates territoriales en mi nuevo estanque, y la libélula emperador estableció su residencia en una mata de arroyuela que crecía a la orilla del estanque. Salía disparada como una flecha para atrapar a otros insectos voladores y los cazaba en pleno vuelo con sus frágiles patas, ahuyentando a cualquier otra libélula que intentara acercarse a sus dominios. Aún me sigue asombrando la rapidez con que prospera la naturaleza en un jardín a poco que se la anime.

Un día, después de una tormenta de verano, encontré a unas abejas empapadas, aferradas a mi budelia, y decidí secarlas. Por desgracia para ellas, yo era demasiado pequeño para haber desarrollado un buen sentido práctico. Con los conocimientos que tengo hoy, coger el secador de pelo de mi madre y acercárselo con cuidado habría sido la opción más sensata. En vez de eso, puse a las aturdiditas abejas en la plancha eléctrica de la cocina, las cubrí con una capa de papel de seda y encendí la plancha al mínimo. Como era un niño, me aburrí de esperar mientras entraban en calor y me fui a dar de comer a mis voraces jerbos. No volví a acordarme de las abejas hasta que noté el humo. El papel empezó a arder y las pobres abejas se achicharraron. Me llevé un disgusto tremendo. Mi primera incursión en el ámbito de la conservación de los abejorros había sido desastrosa. Esto no presagiaba nada bueno para el futuro, aunque al menos había aprendido que pasada cierta

temperatura los abejorros no son felices. Como veremos más adelante, un principio similar explica por qué en España hay tan pocos abejorros.

Me entusiasmaban los libros de Gerald Durrell, sobre todo los que tratan de su infancia en Corfú, cuando coleccionaba toda clase de animales fascinantes y los guardaba en su dormitorio. Tenía lechuzas, serpientes y tortugas; pero lo mejor de todo es que nunca fue al colegio (estudiaba en casa, con un excéntrico tutor que daba más importancia a la esgrima que al álgebra). Hasta tenía un burro para transportar sus nidos y sus tarros. Muerto de envidia, hice todo lo posible por seguir sus pasos, aunque tuve que conformarme con la fauna de Shropshire, ligeramente más prosaica. No paré de dar la lata a mis pobres padres para que me dejaran tener algunos animales: empecé con cobayas, conejos, hámsteres y ratones. Con ayuda de mi hermano, agoté la paciencia de mis padres hasta que nos dejaron tener una perra, una cachorra preciosa, cruce de labrador negro, a la que con una absoluta falta de imaginación llamamos Spot, por la mancha blanca que tenía en el lomo. Como la mancha desapareció enseguida, conforme la perra iba creciendo, su nombre a veces causaba cierta sorpresa. Por lo demás, era una perra cariñosísima, que soportaba con un aguante infinito nuestras continuas bromas y nos acompañaba en nuestras correrías por el campo.

Cuando me cansé de la novedad de mis mascotas tradicionales, puse la atención en especies más exóticas, como peces tropicales, ranas leopardo, galápagos de orejas rojas, culebras de jaretas y lagartos anolis. Tenía una

habitación para mí solo, desde donde se veía el castaño de Indias, y la llené de cajones y tanques caseros, pero lo cierto es que se me escapaban todos los bichos, menos los más tontos. Las culebras de jaretas pasaban más tiempo fuera del tanque que dentro. Desesperado, probé a pegar la tapa con cinta adhesiva, una idea que tuvo consecuencias nefastas. Una de las culebras consiguió levantar la tapa, pero se quedó pegada al adhesivo y, en el intento de liberarse, se fue enredando cada vez más en una bola de cinta. Me costó horas despegarla. Tuve que resignarme a buscar periódicamente a los fugitivos, y es muy posible que una culebra de jaretas siga viviendo hoy debajo de las tablas del suelo de esa casa.

En uno de mis cumpleaños, me regalaron un aviario pequeño para el jardín, y lo llené de periquitos, además de una preciosa pareja de codornices chinas. Ahora comprendo que encerrar a los pájaros en jaulas es una crueldad (sobre todo a los loros dentro de casa), pero de pequeño no tenía esa sensibilidad. Me encantaba sentarme dentro del aviario, con los pájaros revoloteando alrededor de mi cabeza. Los periquitos empezaron a criar enseguida, y me gané un dinerillo vendiendo el excedente de la puesta (las codornices también pusieron muchos huevos, aunque no llegaron a incubarlos). Las crías de periquito son feísimas, calvas y con una cabeza enorme. Normalmente, no tardan en desarrollar las plumas y se vuelven mucho más monas, pero había un polluelo que seguía desplumado, casi completamente calvo. Un día intentó volar del nido y cayó al suelo en picado. Sin acobardarse, escaló la alambrada, ayudándose con el pico y las patas, y se sumó a

los demás en la percha más alta. De vez en cuando, el pobre se lanzaba valerosamente al aire, moviendo los bracitos sonrosados, y una vez más terminaba en el suelo. Vivió más o menos seis meses, pero no pudo sobrevivir a la llegada del invierno.

Mis pupilos mostraban un índice de mortalidad preocupante. Un domingo por la mañana, mi madre estaba en la cocina, preparando una de sus legendarias empanadas (es una cocinera excelente, aunque muy tradicional, y siempre hace platos de carne con patatas y verduras, seguidos de un succulento postre caliente, como *crumble* de fruta o bizcocho de pasas con natillas). Yo debía de estar estorbándola, y me dijo que a la pecera de mi dormitorio no le vendría nada mal una limpieza: el cristal se había cubierto de moho verde y casi no se veían los peces. Poco después, estaba yo frotando obedientemente el cristal del acuario, con el brazo metido en el agua, cuando mi madre me llamó: «Dave... ¿Qué se está quemando? ¿No estarás encendiendo cerillas otra vez?». Antes de ponerme a limpiar, había sacado la calefacción eléctrica, protegida en su tubo de cristal a prueba de agua, y la había dejado a mi lado, encima de un armario. No se me ocurrió desenchufarla y, al estar fuera del agua, se recalentó y empezó a quemar la madera. (Nunca entendí esa capacidad de mi madre para oler a quemado tan deprisa y desde tan lejos). Sin pensar lo que hacía, cogí la calefacción por el cable y la lancé al acuario. Ya se sabe que el cristal muy caliente y el agua fría no son una combinación ideal: el tubo reventó con un chasquido y, al entrar en contacto la resistencia eléctrica con el agua, todos mis peces se

electrocutaron. Empezaron a temblar y a convulsionar (por fortuna no metí la mano en la pecera para sacar la calefacción) y, cuando por fin conseguí desenchufar el cable, estaban casi todos muertos.

Hubo muchos otros desastres similares. Puede que el más traumático fuera el de mis codornices chinas, unos pájaros preciosos que correteaban por el aviario en busca de alimento. El macho tenía unas marcas muy bonitas en la cara, blancas y negras, y un penacho espléndido. La hembra era menos vistosa, aunque tenía el plumaje salpicado de delicadas motas oscuras. Eran inseparables: parecía que estuvieran pegados el uno al otro, y se arreglaban las plumas mutuamente. Yo los prefería a los periquitos, después de llegar a la conclusión de que eran escandalosos, zafios y chabacanos (quizá mi opinión estuviera influida por los salvajes picotazos que me daban cada vez que intentaba cogerlos). Bueno, los inviernos son fríos en Shropshire, como descubrió mi periquito calvo. La región queda lejos de la influencia templada del mar y, de noche, con frecuencia se registran allí las temperaturas más bajas de Inglaterra. Después de una noche especialmente fría, cuando fui a dar de comer a los pájaros, sorprendí a los periquitos atacando a las codornices. Vi a las codornices peleando en el suelo salpicado de nieve, cada una contra dos o tres periquitos que se les habían echado encima y les estaban arrancando las plumas sin piedad, con el pico afilado como una sierra. Entré corriendo y ahuyenté a los agresores. Las pobres codornices no podían levantarse, pero estaban vivas. Cogí cada una en una mano y las llevé a casa. Al dejarlas en el

suelo de la cocina, quedó claro lo que les pasaba. Cuando intentaban ponerse en pie, simplemente se caían. Las examiné con atención y descubrí que no tenían dedos; se les habían congelado y caído a lo largo de la noche. Las patas terminaban en dos muñones que no servían para sostenerse ni andar. Estaba angustiado; no sabía qué hacer. En un arranque de desesperación, intenté diseñar unas prótesis con plastilina y palitos de cerillas, pero el invento no parecía gran cosa, y dejé a los pájaros intentando acostumbrarse a sus pies artificiales, dentro de una caja de cartón con un poco de comida, mientras me iba al colegio.

Cuando volví a casa, la situación no había mejorado. Ni habían vuelto a crecerles los dedos milagrosamente ni habían aprendido a desplazarse con sus prótesis de plastilina y palitos de cerilla. Estaban tumbadas y parecían incluso más débiles. Acepté la cruda realidad de que mis codornices no iban a mejorar. No tenían arreglo. Ya me sentía muy culpable de que mi periquito calvo se hubiera muerto, probablemente de frío, y comprendí que habría sido más compasivo darle un final rápido. Con esta idea, llegué a la conclusión de que solo había una manera de hacerlo.

No recuerdo por qué no pedí ayuda a mis padres para llevar a los pobres pájaros al veterinario. Una inyección letal habría sido la solución más razonable, pero los niños no razonan con lógica. En vez de eso, cogí del cobertizo el hacha de mi padre. Era una herramienta grande, demasiado grande para mí por aquel entonces. Llevé a los pájaros a un rincón del jardín y los tendí en la hierba, uno al lado del otro. Me pareció que lo mejor sería ocuparme de

los dos a la vez, en lugar de acabar con uno en presencia del otro. Me miraron, con los ojos todavía brillantes, moviendo inútilmente los muñones. Levanté el hacha por encima de la cabeza y giré el cuerpo con fuerza. El filo del hacha se clavó en la hierba, justo delante de los picos de mis asustadas aunque ilesas codornices. La intención era decapitarlas a las dos de un solo golpe. Por fin logré sacar el hacha de la tierra y lo intenté de nuevo. ¡Lo conseguí! Aproximadamente. No las decapité, sino que les hice un corte limpio en el cuerpo, por la mitad, pero el resultado fue el mismo. Cavé un hoyo al lado de la rocalla y allí les di sepultura, con el cuerpo más o menos recompuesto, y juntas, tal como habían vivido.

Podría seguir contando otros incidentes. Podría hablarles del terrible destino de mi ajolote o de mi chapucero intento de operar a un grajo malherido. Baste decir que ser una de mis mascotas era una empresa peligrosa.

Además de acaparar una amplia variedad de seres vivos, me convertí en un coleccionista insaciable. Me avergüenza confesar que todo empezó con huevos de pájaros. En la década de 1970, esta era una afición muy común entre los niños de la Inglaterra rural. Muchos de mis amigos coleccionaban huevos, y competíamos para ver quién conseguía los ejemplares más raros. Mi padre me enseñó a vaciarlos. Él también los había coleccionado de pequeño, buscando en los mismos matorrales que yo. Para vaciar el huevo, hay que apoyar la punta de un alfiler en cada extremo de la cáscara y girar los dedos muy despacio hasta hacer un agujerito. La idea es soplar luego por un extremo, para que el contenido salga por el otro. La operación es

muy sencilla con un huevo de gallina, pero la cosa se complica enormemente cuando se trata de un diminuto huevo de chochín, con su cáscara moteada de manchas marrones y blancas. El mejor ejemplar de mi colección era un huevo de cisne mudo. Un día salí a buscar huevos con mis amigos, Les y Mark (al que llamábamos Trasero, ya no recuerdo por qué), y encontramos el huevo en un nido abandonado, entre el carrizo de la orilla contraria. Los demás polluelos ya habían roto el cascarón, y no había ni rastro de los padres y las crías. Sin pensarlo dos veces, nos quitamos las sudaderas y las camisetas, sabiendo que el trofeo sería para el que llegase primero. Trasero y Les empezaron a quitarse los vaqueros, pero yo me metí directamente en el agua y les gané. El huevo estaba podrido por dentro. Cuando le clavé el alfiler, salió un chorro apestoso, denso y lleno de grumos, que me salpicó en la cara. Vaciar el resto del huevo fue un suplicio memorable y, al final, mi abnegado padre tuvo que ayudarme cuando ya me había puesto verde por el mal olor. El huevo, todavía atufado, ocupó un puesto de honor en el centro de la vitrina que tenía en mi dormitorio.

Todo esto es horroroso para la sensibilidad del lector moderno. Los coleccionistas de huevos se encuentran hoy a solo un peldaño de los asesinos múltiples en la jerarquía social (de hecho, supongo que en cierto modo son asesinos múltiples y es justo considerarlos como tales). La verdad es que la mayoría de los huevos que coleccionaba estaban vivos cuando los cogía, a diferencia del huevo de cisne. No defiendo el coleccionismo de huevos, y desde luego que hoy no se lo permitiría a mis tres hijos, pero aprendí muchísimo

cuando me pasaba el día buscándolos. Solo una vez he cogido con mis hijos un huevo de un nido, y procuramos molestarlo lo menos posible. Naturalmente, no por eso deja de estar mal. Coleccionar huevos de pájaros raros es una atrocidad, y me alegra no haber llegado a encontrar ninguno especialmente exótico. De todos modos, a veces creo que somos poco conscientes de nuestros actos y de los de los demás. ¿Cuántas personas condenan el coleccionismo de huevos, por ejemplo, pero dejan que su gato campe a sus anchas? (Los gatos domésticos matan anualmente millones de pájaros y pequeños mamíferos.)

De coleccionar huevos pasé a coleccionar insectos. Empecé con las mariposas. A mi madre, pobrecilla, no le hacía ninguna gracia, pero le prometí que solamente cazaría una pareja de cada especie y no les haría demasiado daño. Para empezar mi colección, compré una mariposa muerta, disecada, un ejemplar precioso de macaón tropical de una granja de Dorset que se llamaba Mariposas del Mundo. Llegó en un sobre de papel, dentro de una cajita de cartón que abrí muy emocionado. Lo que no me esperaba era que la mariposa no viniera desplegada, es decir, con las alas abiertas y clavada con un alfiler. Intenté abrirlas, sin saber que, cuando la mariposa está disecada, eso es imposible, porque son delicadísimas y muy quebradizas. Le partí las alas y la mayor parte de las patas en mi torpe intento de desplegarla. Me quedé con un triste montón de miembros rotos. Muy desanimado, poco después conseguí un ejemplar de segunda mano del *Studying Insects*, de E. B. Ford, un volumen en el que se explicaba lo que yo había hecho mal. Para clavar y exponer una

mariposa con las alas desplegadas simétricamente, tan bonitas como las vemos en los museos, el ejemplar tiene que estar recién muerto; si está disecado, hay que «ablandarlo» primero, guardándolo un par de días (no más, porque se pudriría) en una lata, entre papel de seda humedecido. Una vez ablandada, la mariposa puede clavarse con cuidado y colocarse en cualquier posición. Cuando se seca, conserva esta posición para siempre, mientras no vuelva a humedecerse.

Studying Insects explicaba también cómo fabricar un arma letal llenando el fondo de un tarro de cristal grande con hojas de laurel picadas; al picar el laurel, las hojas desprenden cianuro, una sustancia que tiene un intenso y dulce olor a mazapán (aunque sabía que era venenoso, no podía resistirme a inhalarlo de vez en cuando). Bastan unos minutos dentro del tarro para que la mariposa caiga en un sueño eterno.

También intenté construir un cazamariposas con una percha de alambre y unas medias de mi madre, pero fue un intento inútil y, sin una red de verdad, era casi imposible atrapar nada. Algún tiempo después averigüé la dirección de una empresa, Watkins & Doncaster, que tenía su sede en Hawkhurst, un pueblo de Kent. Se anunciaban como «proveedores de equipo entomológico». Les escribí, y en unos días me enviaron su catálogo por correo.

Fue un momento clave en mi vida, un punto de inflexión. Desde entonces no he vuelto a mirar atrás.

Acababa de volver a casa de un partido de *minirrugby*, por lo que supongo que debía de tener ocho años. Estaba cubierto de barro y me llevé el catálogo al baño para

hojearlo en la bañera. Aquel catálogo era lo más maravilloso que había visto en la vida. Una revista con montones de páginas llenas de ilustraciones de la parafernalia más increíble: nidos de insectos, redecillas para pescar en los estanques, pastilleros, jaulas, tubos, lupas, trampas malayas, microscopios, tableros de exposición, trampas para polillas, frascos para recoger insectos y preciosas vitrinas de caoba. Al final había un apartado sobre taxidermia que incluía artículos tan fascinantes como una cucharilla para extraer el cerebro, alicates para cortar los huesos y una amplísima selección de ojos de cristal. Me quedé paralizado de asombro. Aquello era un mundo completamente nuevo para mí. Además, estaba claro que había montones de personas como yo. Quería comprar más o menos todo lo que veía en el catálogo, pero mis recursos imponían unos límites muy estrictos a mis deseos. De todos modos, mi primera adquisición fue una redecilla profesional que me costó dieciséis libras, una fortuna para un niño de ocho años. Estaba orgulloso de ella. Era casi tan alta como yo, con el mango de latón resistente, un aro de metal rígido y una red negra y suave, muy profunda. Tenía la sensación de que con aquella red podía cazar casi lo que quisiera.

Mi colección de mariposas fue creciendo poco a poco, a la par que mi colección de libros sobre mariposas y otros insectos. Mi primera captura fue una hembra, con los colores destrozados y las alas rotas después de una larga migración desde Marruecos. Pronto se sumó a ella una mariposa loba de color marrón, mariposas blancas, grandes y pequeñas, una lobito agreste, una maculada, una

ortiguera, varias almirantes rojos, una ícaro y una pavo real. La belleza de estas criaturas me sigue dejando sin respiración. Todavía conservo estos ejemplares, en el estante superior de una vitrina para insectos que no pude permitirme comprar hasta treinta años más tarde. Aprendí también a buscar huevos y larvas de mariposa. Para eso tenía que descubrir qué comían las larvas y aprender a identificar las plantas. Con un poco de cuidado, es fácil criar las larvas hasta que se convierten en mariposas adultas, lo que permite conseguir hermosos ejemplares para ampliar la colección y dejar en libertad el excedente. Acumulé una enorme cantidad de conocimientos.

Mi interés por las mariposas se amplió a las polillas. La mayoría de las polillas vuelan de noche, y los métodos más populares para atraparlas son dos. Uno consiste en darles azúcar. Hay que hervir un brebaje fantástico, a base de melaza negra, cerveza, azúcar moreno, esencia de vainilla, unas gotas de pera, ron o brandi y cualquier otra cosa que se nos ocurra que dé a la mezcla un aroma embriagador. Por lo visto, cada coleccionista de polillas tiene su propia receta secreta. Al margen de cuál sea la mezcla utilizada, hay que formar un líquido espeso, con un olor tan fuerte que nos haga lagrimear a cincuenta pasos. Con esta mezcla pastosa se impregnan al atardecer los postes de las vallas o los troncos de los árboles. La idea es que el olor es irresistible para las polillas, que, atraídas por él, se acercan a beber el dulce jarabe. El alcohol las intoxica sin remedio y se quedan allí aturdidas y listas para que el ávido coleccionista pueda atraparlas. Atufé toda la casa preparando varias versiones de esta pócima, y acabé con

buena parte del azúcar, la melaza y los aromatizantes de mi madre, además de los licores de mi padre. El resultado fue un chasco. Parecía que mi mezcla solo atraía a las tijeretas. A veces las encontraba a cientos en mis trampas de azúcar, pegadas a la pasta y atiborrándose unas encima de otras. Rara vez logré cazar una polilla. Por otro lado, me aterraba andar solo de noche por los campos (mi padre normalmente me lo permitía, pero mi hermano prefería quedarse en casa los sábados por la noche, viendo un episodio de *Viaje a lo inesperado*), y mi imaginación desbordante veía un vampiro en cada sombra. En una de estas excursiones, cuando estaba supervisando la trampa de azúcar que había puesto en un fresno grande, a una lechuza leonada le dio por lanzar un chillido justo encima de mí. Aunque sabía que era una lechuza, me costó mucho resistir la tentación de volver a casa a todo correr, y tardé diez minutos en que se me tranquilizara el corazón.

Hay una alternativa más cómoda para atraer a las polillas: una trampa de luz. *Studying Insects* explicaba el principio: las polillas se sienten atraídas por las velas y otras fuentes de luz. La trampa en cuestión consta de una luz potente colocada sobre un recipiente parecido a una jaula para cazar langostas. La luz atrae a las polillas y las ciega. Entonces empiezan a dar tumbos y terminan cayendo por un tubo, hasta un contenedor grande y oscuro normalmente lleno de cartones de huevos, donde al parecer les gusta sentarse. Esto parecía más fácil y daba menos miedo que ir poniendo trampas por el campo en la oscuridad con un cubo de melaza, así que decidí probarlo.

Instalé una bombilla de cien vatios encima de un túnel de cartón casero, colocado sobre un cubo de plástico. La encendí antes de irme a la cama y esperé con impaciencia que llegase el día siguiente. En cuanto vi que amanecía, me levanté para inspeccionar mi trampa. Decepción: un par de avispas y una micropolilla marrón, como ahora sé que se llamaba. Seguí intentándolo unas semanas con escaso éxito. Después empecé a investigar y aprendí que lo mejor para atraer a las polillas era la luz ultravioleta. Por casualidad, mi madre tenía una lámpara antigua y bastante rara, para tratar lesiones musculares. Era un trasto que guardaba desde sus tiempos de estudiante de Educación Física. Parecía un flexo enorme, con dos bombillas estrambóticas, una de rayos infrarrojos y otra de ultravioletas. Sigo sin saber por qué a alguien se le ocurrió tratar las lesiones con un buen bronceado, además de un chorro de calor; es probable que por aquel entonces no se conociera el cáncer de piel. El caso es que nunca había visto a mi madre utilizar la lámpara (de lo cual me alegro) y pensé que no le importaría que la usurpara por el bien de la investigación científica. El único problema es que no se podía encender la lámpara ultravioleta sin encender también el elemento que daba calor. No me di por vencido. Coloqué las dos bombillas al lado de mi trampa casera y las dejé encendidas toda la noche. A la mañana siguiente me esperaba un éxito formidable. La luz ultravioleta había atraído un montón de polillas, aunque por desgracia se habían achicharrado con la lámpara de calor y la trampa estaba llena de polillas carbonizadas. No era lo que yo quería. Frustrado, intenté manipular los cables para

separar las dos bombillas. Creo que a esa edad aún no había empezado a estudiar Física en el colegio (tenía alrededor de nueve años), por lo que mi empresa entrañaba inevitablemente cierto riesgo. Cuando encendí la luz modificada, esta vez solo con el cable de la bombilla ultravioleta conectado, se produjo una explosión. La bombilla se hizo añicos. Volví a montar la lámpara y la guardé en el armario, con la esperanza de que mi madre no me descubriera. Me descubrió, como es natural. Esto pasó muchos años antes de que pudiera ahorrar lo suficiente para comprar una «trampa de vapor de mercurio para polillas» (un artilugio absolutamente maravilloso, por cierto, que ilumina el entorno con un resplandor sobrenatural y atrae a las polillas desde muchos kilómetros a la redonda). Mientras, mi colección de polillas siguió creciendo muy despacio.

Entonces no era del todo consciente de la situación, pero mi infancia coincidió con un periodo catastrófico en la historia de la campiña británica, al menos desde el punto de vista de una mariposa o un abejorro. Shropshire puede parecer un sitio idílico, aunque esta visión es engañosa. Era, y sigue siendo, una zona relativamente rural, verde y agradable, pero ya no es un refugio para la naturaleza como lo fue en otro tiempo. Yo me mudé allí en 1972 y me marché a la universidad en 1984. Los fines de semana iba con mis amigos al Union Canal de Shropshire, a unos kilómetros del pueblo campo a través, y de camino buscábamos nidos de pájaros en los setos. Cuando empecé a hacer estas excursiones, el trayecto atravesaba quince campos, todos ellos delimitados por un seto. Cuando me fui

a la universidad, quedaba un solo campo: enorme. Uno a uno, habían ido arrancando los setos donde buscábamos los nidos. Buena parte del canal se había drenado y cubierto de mantillo para ampliar las tierras de cultivo. Donde un abejorro antes habría encontrado zarzas entre los setos, primulas en las orillas y betónica palustre a ambos lados del canal, solamente quedaba un mar de cereales, un monocultivo que cubría todo el paisaje. Lo mismo ha ocurrido en casi todas las llanuras del Reino Unido y Europa occidental.

Estos cambios han impulsado el declive y en algunos casos la extinción de numerosas especies, y nuestra naturaleza es hoy mucho más pobre. Pero la batalla no está perdida. Poco a poco, hemos empezado a encontrar maneras de reparar el daño. Los estudios científicos están descubriendo soluciones que permiten combinar la eficacia agropecuaria con el cuidado del medio natural. Hoy, los agricultores y ganaderos reciben subvenciones para fomentar la vida vegetal y animal. Los británicos sienten un amor muy singular por la naturaleza, y hay una enorme corriente de apoyo a los proyectos de conservación. En 2006, me sumé a esta corriente fundando el Fondo para la Conservación del Abejorro (Bumblebee Conservation Trust), una organización sin ánimo de lucro consagrada a salvar nuestras abejas. Para mi enorme satisfacción, el fondo ha florecido. Contamos con cerca de ocho mil socios y estamos creando un hábitat rico en flores para los abejorros en todo el país, de Kent a Caithness, pasando por Pembrokeshire. La mayor parte de nuestras especies consigue establecerse y recuperarse con nuestra ayuda. Es

posible que algún día regresen incluso especies que se creían perdidas para siempre. Pero de esto nos ocuparemos en el capítulo 1.

Una
historia con
AGUIJÓN

Mis aventuras con los abejorros

Para Seth, mi hijo menor.
Que siempre haya una pradera llena de flores,
para que disfrute viendo a las abejas
y oyendo su zumbido.

El abejorro de pelo corto

En la década de 1870, los ganaderos de Nueva Zelanda empezaron a ver que el trébol rojo que habían importado del Reino Unido, como forraje para los caballos y el ganado, daba pocas semillas. El caso era que tenían que importar continuamente las semillas de Europa, con un coste considerable, en lugar de guardarlas y sembrarlas al año siguiente. Fue un abogado, R. W. Fereday, quien finalmente descubrió la causa del problema. Fereday había emigrado a Nueva Zelanda en 1869 y, aparte de jurista, era un apasionado de la entomología, con un interés singular por las polillas pequeñas. Mientras pasaba una temporada en la granja de su hermano, Fereday se dio cuenta de que el problema residía en la desaparición de los abejorros, que normalmente polinizaban el trébol en Gran Bretaña. El asunto interesó a Frank Buckland, inspector de Pesca de su majestad por aquel entonces, cuyas competencias al parecer se habían extendido mucho más allá de lo relacionado con la industria pesquera. Buckland escribió a Inglaterra y solicitó que enviasen abejorros en los vapores

que hacían la ruta regular entre Gran Bretaña y Nueva Zelanda. El primer intento, muy mal planificado, lo hizo un tal doctor Featherston, que a finales del verano desenterró dos nidos de abejorro cardador para enviárselos al honorable John Hall, de Plymouth, Nueva Zelanda, en 1875. Llegaron en enero, todos muertos, como es lógico. Los nidos de abejorro se mueren en septiembre, y, como tampoco había flores en el barco con las que pudieran alimentarse, el plan estaba abocado al fracaso desde el principio.

Ocho años más tarde, la idea resurgió con nuevos competidores. Un tal señor S. G. Farr, secretario de la Canterbury Acclimatisation Society (de quien hablaremos más adelante), se puso en contacto con Thomas Nottidge, un banquero de Maidstone, en el condado de Kent, a quien pidió más abejorros para enviar a Nueva Zelanda (ya de paso, le pidieron también unos cuantos erizos). Así, ocurrió que en el otoño de 1884 Nottidge ofreció una recompensa a los trabajadores de las granjas por cada abejorro en hibernación que lograsen encontrar. Cavar, limpiar y ensanchar las acequias eran ocupaciones comunes en las tierras de labor a lo largo del otoño y el invierno, cuando no había demasiadas tareas que hacer. Así, mientras cavaban, los trabajadores iban encontrando a las rechonchas reinas en hibernación, lo que parecía indicar que les gustaba especialmente hibernar en las acequias. Finalmente, reunieron un total de 282 reinas, que hicieron el viaje en el *Tongariro*, uno de los primeros vapores equipados con una unidad de refrigeración. Esto era esencial, ya que, de lo contrario, las reinas habrían pasado demasiado calor en la